

ANTOLOGÍA DEL RELATO NEGRO I

Colección de Narrativa
Ediciones Irreverentes

Todos los derechos reservados. Prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier procedimiento y el almacenamiento o transmisión de la totalidad o parte de su contenido por cualquier método, salvo permiso expreso del editor.

De la edición: © Ediciones Irreverentes

De las obras: © José Manuel Fernández Argüelles, Andrés Fornells, Juan Patricio Lombera, Francisco Legaz, Manuel Vidal Lasso, Nelson Verástegui, Tomás Pérez Sánchez, José Enrique Canabal, Álvaro Díaz Escobedo, Manuel Villa Mabela, Isaac Belmar, Pedro Amorós, Miguel Ángel de Rus, Antonio Gómez Rufo, Horacio Vázquez Rial

Octubre 2009

Ediciones Irreverentes S.L.

<http://www.edicionesirreverentes.com>

ISBN: 978-84-96959-48-4

Depósito legal:

Diseño de la colección: Dos Dimensiones

Diseño de cubiertas y composición: Absurda Fábula

Imprime: Publidisa

Impreso en España.

MIGUEL ÁNGEL DE RUS

Ha publicado las novelas *Dinero, mentiras y realismo sucio*, *Europa se hunde* y *Básle, mi sangre, mi alma*; los libros de relatos *Cuentos Irreverentes*, *Malditos*, *Evas*, *Donde no llegan los sueños*, *Putas de fin de siglo* y *La civilización y la nada* y el libro de artículos *237 razones para el sexo, 45 para leer*. Está presente en las antologías *250 años de terror*, *Antología del relato español*, *POEficcionario*, *Microantología del microrrelato*, *Amores que matan*, *Pasiones fugaces*, *En el tren*, *Cuatro negras* y *Freakciones*, *6 películas*, *6 mutaciones*. Ha publicado sus artículos en diarios como *Diario 16*, *La Razón*, *El País*, *El Mundo* y en la revistas *Cambio 16* y *Cuadernos para el diálogo*. Dirige el periódico literario «*Irreverentes*».

NO DEBISTEIS PONER VUESTRAS SUCIAS MANOS SOBRE LOS LIBROS

No todo es el gran arte en la vida, he creído siempre. Sin duda disfruto con la Suite para Violoncelo número uno en Sol mayor BWV 1007 de Johann Sebastián Bach, interpretada por Yo-Yo Ma, o con el Requiem de Mozart dirigido por Nikolaus Harnonkourt, al igual que me solazo con la visión de un cuadro de Tamara de Lempicka o de cualquier escultura de Rodin, como El Beso... aunque yo no hubiera sido tan paleta de dejarla en un establo, como ese tal Warren, ni la hubiera despreciado como todos los patanes ingleses de su tiempo, que no quisieron pagar ni una libra esterlina por tal obra de arte. Aunque soy un sibarita, también me llena de felicidad la contemplación gozosa de un cómic de Tintín, creado por el gran Hergé. Quizá ame el personaje del pequeño belga por esa espiritual infancia infinita que proporciona su lectura.

Y la pureza de la infancia es imprescindible para el alma tan sucia de alguien como yo, un asesino a sueldo.

Cuánto habré reído con las Aventuras de Tintín en el Congo, o Las Aventuras de Tintín en América, con esa risa que perdemos al llegar a la adolescencia y sus primeras maldades y que poco a poco nos machacan la vida. Esa sucia vida que nos hacen vivir todos esos de ahí fuera. Porque no se llega a ser un killer por placer; se llega por necesidad, porque hay muchos cobardes dispuestos a pagar al valiente para que hagan lo que ellos temen hacer. Y al principio matas por necesidad, pero el crimen acaba por ser un negocio... un negocio muy rentable que permite fumar puros cubanos, esos que sólo los senadores pueden pagarse debido al embargo a Cuba, o un buen Armagnac de cuarenta años.

He acabado discretamente con la vida de un líder sindical o de un competidor en los negocios de alguien sin escrúpulos; he matado de forma rimbombante a un capo del tráfico de drogas, para que quede bien claro

cuál era el territorio de un rival... mi vida ha sido sucia, una cloaca, como el alma de los cientos de buenos norteamericanos que me han pagado por imponer su orden. Pero al llegar a casa me purificaba un buen libro, una sinfonía, un vino de Burdeos envejecido en madera... o un cómic de Tintín.

Cuánto habré reído, de un modo sano e inocente, con Tintín en el Congo, con esos negritos que eran como niños. O con las aventuras en el templo del Sol o en América, en ambos casos con indios inteligentes, sagaces, simpáticos. Se notaba que el buen Hergé había sido un correctísimo niño boy-scout. ¿Y sus ataques al imperialismo japonés en El Loto azul? Qué suave bálsamo para mi alma infame... ¿Y su fabulosa historia El cetro de Otto-kar, tan claro alegato en contra de la anexión de Austria por parte de Alemania? Gran hombre, gran espíritu. Si mi alma no se condena por siempre, será por las dulces mieles que pusiste en mis fibras más terribles. Los judíos, los negros, los socialistas, los demócratas, deberían darte las gracias por haberte negado a ser el dibujante oficial del partido nazi belga.

He sido diez años asesino a sueldo de empresarios, de maridos engañados, de esposas que habían encontrado un mejor gallo para montarlas y más rico, de traficantes de droga, de traficantes de blancas, de traficantes de armas, de proxenetas... de todo el entramado de esta sociedad que se dice decente y enseña democracia al mundo. Pero al llegar a casa, me duchaba con agua muy caliente y me devolvían un poco de dignidad un libro con reproducciones de Vincent Van Gogh o de Francisco de Goya, o un cómic de Asterix o de Tintín. Quizá casi nadie lo entienda. La realidad es sórdida, sucia, los ciudadanos evitan verla y se mienten a sí mismos. Tintín me daba fantasía fuertemente anclada en la realidad. Y esa fantasía, me liberaba de mí mismo y de mi suciedad.

Antes de que nos pusieran imágenes del hombre en la Luna, yo había estado allí con Hergé, porque Tintín era Hergé. Ahora nadie puede entender cómo me hizo temblar de emoción... Yo viajé en navíos como el Sirius, el Karaboudjan y el Ramona.

Un puro, música de Bach o de Mozart, una copa, un libro entre las manos, y el hombre deja de ser un mamífero depredador y se convierte en ser humano.

Así pues, me llenó de ira que la Public Library de Manhattan retirara *mi* Tintín en el Congo porque la denuncia de un retrasado mental belga nacido en el Congo hubiera acusado al genio de racista. ¿Y qué? El genio puede ser lo que quiera ser. Es un derecho inherente a su vida. Hubiera ido encantado con un arma semiautomática a acabar con unos cuantos bastardos en aquel antro, para equilibrar su justicia con la mía; pero nadie me aseguraba que fuera a seguir vivo.

El disparo de gracia se lo dieron a mi alma cuando los directivos de la Public Library de Brooklyn, más preocupados de atender a los gustos de los grupos de presión judíos o negros y a los maricones y las putas de los medios de comunicación, retiraron la joya. ¿Quién eran ellos para censurar aquella obra de arte? Era el último que quedaba de libre acceso en las Bibliotecas de todo Nueva York. ¿Qué sería lo próximo que harían? ¿Hogueras para quemar el *arte degenerado*? Los bastardos sólo permitirían verlo en un *espacio especial*, mediante cita previa. Y quedarías fichado para siempre, por supuesto. Nadie se atrevería jamás a solicitar tan inmoral visión. Puedes verle las mamas a una zorra popular por televisión a la hora de comer; te ofrecen la visión de los cadáveres ensangrentados producto de una banda entre peleas de latinos y de negros; puedes ver complacido a cualquier hora cómo nuestros muchachos despedazan los cuerpos de panameños, serbios, croatas, iraquíes o afganos, según interese a nuestro gobierno; puedes contemplar a la puta Madonna desnuda en una carretera, haciendo auto-stop, sin que nadie se moleste en parar a recogerla, pero no puedes leer las obras que hace medio siglo se crearon para niños. Ya no es necesario quemar libros como en 451 Fahrenheit, basta con estupidizar a noventa y cinco de cada cien ciudadanos y atemorizar al resto. La dictadura perfecta. Millones de moscas no pueden equivocarse. En Queens ni siquiera se molestaron en tener el libro... putos, cobardes, bibliotecarios de mierda y políticos de mierda. Les vendría bien un poco de testosterona. Y todo por un tarado, un tal Mbutu, un tipo con un nombre que suena a mierda de vaca desplomándose sobre el asfalto, que denunció al genio... Una mosca denuncia al águila imperial. Millones de moscas dan la razón a la mosca. Basura que hoza en la basura dándose la razón mutuamente. Es la era de las moscas.

Apenas las asociaciones de Libertades Civiles levantaron la voz, pero ¿a quién importan? Escuché la queja de la directora de la Unión por las Libertades Civiles de Nueva York, Donna Lieberman, una mujer con carácter, madura, de ojos azules y sonrisa cansada. Nunca me siento unido a ningún ser humano, conocer tantas almas pútridas me había separado de la raza humana, pero por una vez... me sentí cerca de alguien.

No soy el mejor, no soy juez, no soy nadie para juzgar, pero incluso el tipo más abyecto, un killer, puede comprender que alguien debe poner freno a las decisiones de los hombres cuando estos llegan a la perversidad más estúpida. Incluso alguien tan caído como yo sabe que ante las leyes de los hombres hay que poner freno, dejar a cada uno en su sitio. Bien, yo soy escoria, lo admito; pero llega un momento en que comprendes que mucha peor escoria son los decentes.

Una tarde, asesorado por la obra de Mozart, de Bach, por los bellos libros, guardé en el bolsillo interior de mi chaqueta mi pistola Walter PP del calibre 7'65, una antigua joya alemana de sólo setecientos gramos y que contiene ocho balas. Mi objetivo era Dionne Mack-Harvin, la directora ejecutiva de la Biblioteca de Broklyn, una negra feucha, menuda, mediocre, de ojos pequeños y de sonrisa de dientes inmensos. Llevaba trece años trabajando en la Biblioteca, era una buena trepadora que había llegado a la rama más alta del árbol y desde allí mandaba a sus más de ciento veinte inferiores. Cuando fue nombrada, la prensa, siempre a la moda de opinión, dijo que era afroamericana, pero en realidad era negra. Una negra de piel brillante y mirada vacía. Idéntica a miles de negras que pasaban desapercibidas a nuestros lado.

No tenía nada contra ella; sólo iba a hacer justicia. Los jueces del Sistema no tienen nada contra los delincuentes. Yo tampoco. Ni amor, ni odio. Sabía dónde encontrarla, 160 East 5th Street, conocía sus horarios, sabía cómo no ser descubierto.

Vivimos en una época de control policial absoluto. No es posible andar sin ser grabado por docenas de cámaras de vídeo que vigilan desde cada edificio. Me preparé. Llevaba ocultas unas gafas sin graduación, un grueso bigote postizo, una gorra de jugador de béisbol, mi chaqueta era reversible... las sombras de la tarde me ayudarían. Fui andando desde mi casa en

dirección contraria a la Biblioteca, di un gran rodeo, pasé por el Prospect Park Lake, bajé por Ocean Pkwy, giré hacia Caton Avenue y busqué el encuentro con Fort Hamilton. En el Burguer King del 3001 pedí un refresco de cola. Es bueno dejarse ver con el *aspecto equivocado*. Las gordas camareras negras e hispanas serían mi coartada. Sin duda vieron un tipo extraño, *pero no era yo*. Me había disfrazado en un portal vacío, llevaba puesta la piel del asesino. Esperaba que se fijaran en mis llamativas gafas de pasta, en mi bigote, en mi gorra de los New York Nicks.

Alguien tenía que comenzar a poner fin a la desvergüenza de los poderosos. Y lo iba a hacer la que habitualmente era su mano ejecutora.

Cuando salió del edificio la seguí a distancia por la acera contraria. Vi que una negra sucia pidió limosna a la buena y decente Dionne y ella la evitó. Una cosa es ser hermanas *afro-americanas* y otra darte mis monedas, debió pensar. Iba bien vestida. Se paró en un una esquina, miró algo en su bolso. Me acerqué a ella en dos zancadas y antes de que pudiera sacar su aerosol de pimienta y vaciármelo en los ojos le dije, «vas a morir por haber sido una mala perra». Sonaron ocho golpes secos. Las ocho balas le destrozaron la cara; la convirtieron en un amasijo de carne sanguinolenta irreconocible.

Se desplomó sin la estética de las muertes que ofrecen en los medios audiovisuales. La muerte no es bella, aunque pretendan que los creamos, aunque lo intenten miles de veces cada día. La muerte es la demostración de que no hay dios, de que estamos solos, de que seremos podredumbre. ¿Duele la idea? Pues asúmela. Se desplomó sobre su espalda y el cuerpo hizo un último giro hacia su derecha, como si quisiera ocultar a la vista los restos destrozados de lo que un día fue una cara. La sangre hizo rápido su charco. Rutina.

No duró más de treinta segundos, soy un profesional. Quizá tú lo sepas, tal vez en alguna ocasión hayas contratado mis servicios. La gente que me contrata es siempre respetable. Muchos de ellos tienen secretaria. Siempre que veo un tipo con secretaria, coche de lujo y conductor sé que ahí puede haber un cliente.

Me marché sin prisa. Sé por experiencia que nadie se asoma cuando escucha disparos. Esperan a que haya pasado todo, a que el silencio sepulcral embadurne la calle, y entonces se asoman atemorizados, cuando ya es

imposible prestar su ayuda. Volví a mi casa por un camino distinto. Me introduje por Tehama y subí por la 37, cambié de rumbo en la Avenida 14, y volví a variar en la 39. Al llegar al taller mecánico ya había recobrado mi aspecto normal. De nuevo era un honrado ciudadano, caminando solo, por una calle poco transitada. Poco antes de llegar a casa me quité la chaqueta y la llevé doblada debajo de un brazo.

Lo primero que hice al llegar a casa fue ducharme. Debe ser una costumbre. Me puse un pijama de seda, me senté en el sillón y comencé a leer un cómic de Hergé. Supongo que tener la conciencia tranquila me ayudó a dormir rápidamente. Había sido una buena noche de miércoles.

Al despertar a la mañana siguiente conecté la televisión dispuesto a ver mi obra. Quedé sorprendido. Ninguna noticia referente a la muerte de la directora ejecutiva de la Biblioteca, sin embargo anunciaron la muerte de una mendiga afroamericana, asesinada de ocho disparos. Una zorra rubia teñida, de cuarenta años, rostro y senos operados, y boca de profesional del sexo, afirmaba en la televisión que en el lugar de los hechos se habían encontrado ocho casquillos de bala procedentes de una pistola Walter PP del calibre 7'65. Sentí una electricidad nerviosa por todo mi cuerpo. Mostraron varios planos lejanos del cuerpo de la mendiga embadurnada en sangre. ¿Y la maldita zorra a la que yo había matado? ¿Por qué no hablaban de ella? ¿Qué era aquella estupidez de decir que la muerta era una mendiga? En aquel momento apareció en el reportaje un asiático gordo y de expresión vacía diciendo que él se había encontrado el cuerpo de la mendiga, que escuchó los disparos, que aquel era un barrio tranquilo, decente. Enfocaron a una gruesa representante de la *basura blanca*, demasiado maquillada, repleta de colgantes que imitaban oro, que aseguró que la mendiga era una buena católica, que ella le daba limosnas todos los días, que no podía comprender los motivos por los que había sido asesinada.

Yo tenía la boca abierta como un imbécil. Estaba acostumbrado a todo. A TODO. Ninguna maldad humana me era ajena. Pero aquella mentira me dejó helado.

Estuve una semana sin ser capaz de reaccionar. Sin atender las llamadas del teléfono. Sin comprobar si tenía mensajes en el ordenador. Estaba

obsesionado. Yo era un mínimo peón en una partida que tenía el ganador previamente delimitado. Y lo comprendí a la semana siguiente; cuando una negra —una afro-americana, dijo la zorra operada de la televisión— apareció en un acto público suplantando a Dionne Mack-Harvin, la individuo a la que yo había asesinado. Se veían planos lejanos, parecía ella, o quizá otra cualquiera, con su habitual collar fino, sus pendientes de aro, su pelo sin encanto, su estatura escasa, sus dientes de mamífero depredador. En un plano en el que no se podían distinguir con claridad sus rasgos dijo las mismas frases comunes de siempre.

La habían suplantado. La habían suplantado sin problemas. La lección estaba clara: «seas quién seas, sabemos tus motivos, y tienes la batalla perdida. Da igual qué cara pongamos. Todo seguirá igual». Sin duda habían matado a la mendiga para ponerla en el lugar de la directora. La verdad la sabría la familia, sus colaboradores más cercanos, pero nadie hablaría. El miedo es más grande que la verdad. Habían encontrado a una negra parecida a ella, quizá la tuvieran localizada desde hacía tiempo atrás. La había enseñado las cuatro cosas que debía decir, la habían maquillado y peinado igual, la habían vestido igual que a la difunta... Y TODO seguiría IGUAL.

Salí a pasear aquella noche. Llevaba una pistola con silenciador. Mis gafas de pasta, una gorra de los Miami Heat. Anduve lento hacia el lago. En algunas calles vi los habituales mendigos dormidos en el suelo. A la puerta de una casa encontré una pareja de unos cincuenta años, obesos como ganado. Ambos tenían el pelo blanco y los ojos azules. Hubiera sido difícil diferenciarlos bajo sus camisetas COWBOYS negras si no hubiera sido por el grueso mostacho del tipo, blanco, con la base amarillenta. Era un buen fumador, sin duda. Me acerqué a ellos en silencio, me miraron con gesto asustado —los blancos son tan cobardes—, pero no tuvieron tiempo de hablar. Apoyé el silenciador de mi pistola en la gorda con un gesto rápido y le introduje dos tiros entre las grasas del cuerpo. El animal macho la miró desplomarse, sin tiempo para comprender que también a él lo estaban matando.

Me alejé con precaución. No quería que me ensuciaran con sus sangres llenas de grasa y aburrimiento. Él se desplomó sobre la inmensa muertita. Qué bella escena de amor. Saqué un pañuelo limpio de mi bolsillo y le quité con

cuidado a él el grueso reloj plateado y al anillo de casado con imitación de brillantes. A ella le extraje su anillo de gorda casada. Así podrían decir las autoridades que se trataba de un robo. Le dejé los aretes de las orejas. Demasiada intimidad, no tenía ningún deseo de tocar más su repugnante cuerpo... Anduve de vuelta a casa, satisfecho del trabajo. Me acerqué a un mendigo que dormía a las puertas de una tienda y dejé los objetos robados entre sus bolsas de mendigo.

Regresé con paso lento a casa. Escuché alguna sirena. Los perros ladraban o aullaban según su carácter. Es agradable Brooklyn en el fondo, tan lleno de buena gente dormida en paz de espíritu, con su perspectiva de Manhattan desde la base del puente. Algún día habrá con apagón como el de 1965, catorce horas sin luz; o como el de 1997, de veinticinco horas, que desató una oleada de delincuencia de toda la buena gente norteamericana, que aprovechó la impunidad para robar y matar; o como el de 2003... algún día habrá un apagón en este Estado... y saldré con toda esta buena gente: negros, blancos, hispanos, asiáticos, indios, no a saquear, sino preparado con dos armas semiautomáticas y toda la munición posible, y haré una buena matanza. Sin importar quiénes sean las víctimas. ¿Qué más da? Por mansos, cualquiera de ellos lo merece. Haré una matanza que limpie para siempre mi alma hastiada, que limpie el alma de esta sociedad de moscas.

Mañana las televisiones me dirán *la verdad* de lo que le sucedió a esa pareja de gordos blancos muertos. Mientras, me he puesto el pijama, he encendido un puro, me he servido una copa con mucho hielo y he cogido, al azar, un libro de Tintín. No tengo prisa, puedo leer toda la eternidad. Algún día habrá un apagón. Y os enviaré a todos al lugar en el que debéis estar.

No debisteis poner vuestras sucias manos sobre los libros; los nazis comenzaron así. Y hubo que matar a varios millones para evitar que siguieran.

ANTONIO GÓMEZ RUFO

Es autor, entre otras, de las novelas *El señor de Cheshire*, ganadora del II Premio Ciudad Ducal de Loeches, *La leyenda del falso traidor*, *Un gato en el desván*, *Las lágrimas de Henán*, *Los mares del miedo*, *Adiós a los hombres*, *El secreto del rey cautivo* y *Balada triste de Madrid*. Ha publicado los libros de relatos *Guarda tus labios por si vuelves*, *Negro sobre negro, negro* y *Ópera 5*. Está presente en antologías como *Antología del relato español*, *Cada vez lo imposible*, *La casa ciega*, *El siglo blanco*, *Pasiones fugaces*, *Cuentos divertidos* e *Historias de amor y desamor*. Ha publicado sus artículos en diarios como *El País*, *El Mundo* y *Diario 16* y en la revista *La Clave*. Es colaborador del periódico literario «Irreverentes».

LA GRAN EVASIÓN

Estaba harto de volver cada noche a casa antes de la cena para ver un rato la televisión junto a su mujer mientras engullía, maldita la gana, piltrafas de embutido y una tortilla a la francesa, y leer cuatro líneas antes de dormir, en el supuesto de poder hacerlo tranquilamente porque, de cuando en cuando, además, tenía que hacer que hacía el amor, o para expresarlo con mayor precisión, tenía que intentar fingir que hacía el amor porque, en realidad, ni aquello era amor ni hacía nada que se le pudiera parecer.

Hasta que una noche se cansó de repetir idéntica ceremonia en un día idéntico a los demás. Se le cruzaron los cables, eso debió de ser, y se le pasó por la cabeza la idea de mandarlo todo a paseo, un todo compuesto de mujer, tortilla y ayuntamiento. A las nueve y media, de regreso a la rutina tras una jornada laboral idéntica, frenó ante un semáforo en rojo y tomó la gran decisión: giró el volante a la izquierda y pisó el acelerador en vez de continuar calle arriba, como todos los días. Dos minutos después ya estaba arrepentido (soy un idiota, pensó) y paró ante una cabina telefónica. Tenía miedo a su mujer; e incluso a la voz de su mujer porque sabía modularla a la perfección para, sin necesidad de decir nada, transmitir sensaciones amenazadoras, irónicas o disgustadas; pero él tenía que mostrarse incólume para afirmarse en algo de lo que hacía años estaba seguro: estaba harto y, por una vez, iba a ser libre. Carraspeó cuando ella descolgó el auricular y balbució:

–Sí, iré un poco más tarde... Un negocio... Ya te contaré...

–...

–Sí, sí, tal vez una oportunidad...

–...

–No, ahora no tengo tiempo. Bueno, lo que no tengo son monedas...

Tú, duérmete...

A Luciano no se le ocurrió nada mejor que acodarse en la barra de un local híbrido de bar y club, canijo de luces rojas tan insuficientes como la clientela del lugar. Detrás de la barra trajinaba un camarero homosexual y discreto, de buenas maneras y trato cortés, desplazándose incansable de un extremo a otro de un mostrador escoltado por una pared de espejos repleta de botellas. Es probable que aún no hubiese cumplido los cuarenta años, pero su calva lustrosa y exagerada, unida a un rasurado impecable y a unos ojos vivarachos, luminosos y gratos, de abundantes pestañas negras y largas, le confería un aspecto sobrio de madurez. Le sirvió con esmero una ginebra con agua tónica y Luciano se mojó los labios, buscó algo con la mirada en lo que fijar sus cegados ojos —al fin lo hizo en el espejo que le reflejaba— y así, mirándose a sí mismo, se desplomó en la barra con la ingenua intención de hacer un repaso a su vida, como si con las vidas pudiese hacerse algo más que sufrirlas y perdonarlas en la resignación.

Pero lo que descubrió fue que era un cobarde y que, aun en su ausencia, su mujer le impedía disfrutar de un rato de soledad. Pensó en las preguntas que le haría al día siguiente, el interrogatorio que a ella le parecería normal pero que a él lo sacaría de quicio, y se puso más y más nervioso. Además, era posible que lo esperase despierta: con tal de enterarse a qué hora regresaba, qué había hecho por ahí y por qué se había atrevido a salir sin ella cuando nunca lo había hecho, era capaz de aguantar lo que fuese preciso, aunque se cayese de sueño. Era su manera de tener las riendas, de controlarlo todo, de demostrar quién mandaba.

Un cobarde. Era un cobarde sin remedio: para estar pensando en las malas caras que le esperaban a su regreso, no merecía la pena seguir en la calle. Algún día tendría que decirle que la odiaba, pero para eso hacía falta demasiado valor y él, desde luego, no lo tenía. Hay mujeres que son como máscaras de oxígeno en la angustia y otras que son como las profundidades del mar, hermosas pero asfixiantes: la suya ni siquiera tenía corales.

Para qué fingir lo que no era. Luciano nunca había sido capaz de enfrentarse a nadie y ahora tampoco iba a hacerlo. Ella le daba estabilidad, y compañía, y a cambio se cobraba en candados. Así es que no merecía la pena ni levantar la voz: después de tantos años juntos, oyéndole decir que él

ganaba todas las batallas cuando la verdad era que la única victoria importante, la del poder, había sido de ella, le impedía continuar la lucha. Lo mejor era regresar a casa, decir que se había cancelado la reunión y, con los ojos desnudos, volver a la tortilla y al sillón frente al televisor.

El camarero y él estaban solos en el Tim's, dos solitarios que no tenían nada que decirse, pero aun así le preguntó:

—¿A que usted no está casado?

—¡Uy! —el camarero pareció escandalizarse—. ¡Ni hablar!

—Pues no sabe lo que se pierde...

Se volvió a mirar en el espejo del botellero y se dio una gran pena, pero mayor fue aún el miedo que le inspiraba el recuerdo de la mirada de su mujer.

Decidió pagar y salir de allí. Entonces fue cuando una mujer que había permanecido oculta por las sombras en un rincón apartado salió de su escondrijo y fue a sentarse junto a él, en la barra. Parecía una mujer cansada, acostumbrada a permanecer día tras día oculta tras la penumbra de cualquier rincón de cualquier fondo, pero aburrida, demasiado harta de vivir. En eso se le parecía.

—Dame una copa de anís, Juanma.

Luciano la miró a través del espejo del botellero y contempló una mujer de cuarenta años disfrazados de sesenta, pintada como un carnaval y con una gran mata de pelo negro desgredado y revuelto que, tan cansado como ella, descansaba sobre sus hombros desnudos, quizá demasiado prominentes y ahuesados para el aspecto de la mujer.

—Me debes tres —dijo el camarero.

—¿Me permite? —preguntó Luciano mirándolo, mientras sacaba unos billetes del bolsillo del pantalón.

—Yo sí —silabeó el camarero—. Y ella más encantada aún.

Luciano dejó que tomara dos billetes de los varios que exhibía en su mano y, sin mirarla siquiera un instante, volvió a acodarse en la barra y continuó en la contemplación de sí mismo. Pero ahora ya no pensaba en nada, sólo en ella, y sobre todo en lo que haría si ella le dirigía la palabra.

Ella dijo:

–Gracias.

Y bebió lentamente, sorbo a sorbo, la copa de anís hasta que la rebañó por completo. Luciano pensó que tal vez lo mejor sería mantener que la reunión no se había cancelado, y que volver tarde le serviría de lección a su mujer. A ver si de una vez se enteraba de lo hombre que era.

–Es hora de ir a cenar algo –dijo él, sin mirar a nadie, pero dirigiéndose a ella.

–Comer es cosa de cerdos –replicó la mujer, volviendo la cabeza para mirarlo–. Sólo come quien no tiene nada mejor que hacer.

–Como qué –Luciano la miró por primera vez a la cara.

–Beber.

–Claro.

El camarero les miró de reojo mientras continuaba secando copas con un paño blanco. Ellos seguían sin decirse nada, ni tan siquiera mirarse. Sólo se oía la música de ambiente a medio tono y el tintineo esporádico de los vasos secos que Juanma apilaba formando hileras tras el mostrador. Pasados unos minutos, Luciano levantó la voz:

–¡Pues yo quiero comer, coño!

El exabrupto fue captado a su manera por la mujer.

–Gracias. Le acepto esa copa. Juanma, ya has oído al señor: ponme otro anís.

Luciano estaba tan acostumbrado a ceder que esta vez tampoco le importó. Pidió otra ginebra con tónica y se la bebió de un sorbo pero, aunque esperó a que ella acabase su copa, luego espetó con voz autoritaria:

–¡Vamos a comer algo! Si no quieres, no comes. Me ves cenar mientras te empapas una botella del mono.

–De acuerdo, de acuerdo –aceptó ella–. Al lado hay un chino.

–Enfrente dan caldo gallego –informó el camarero.

–Entonces no hay color –concluyó Luciano.

Tardaron una hora en volver a derrumbarse en la barra del bar. A esa hora había una pareja en el fondo del local, tras una mesa enana, y un hombre timándose con Juanma, que parecía sobreactuar su rubor. Luciano y la mujer llamaron su atención y le pidieron lo mismo de antes. En realidad

fue ella quien lo hizo, porque Luciano seguía sumido en un hermetismo que ella no distinguía si era timidez, arrepentimiento o displicencia. Él miró el reloj y pensó en su mujer, despierta, esperándolo, decidida a regañarlo como si fuese un niño que se había portado mal, y la insultó mentalmente porque le estaba amargando la noche. Ella no se imaginaba por dónde volaban los pensamientos de él y esperaba convencida de que tarde o temprano diría algo. Pero pasó media hora y él sólo movía los labios, refunfuñando un odio insuperable, y ella se cansó de mirar esa cara malhumorada.

Un cuarto año le soltó la lengua.

—Está claro que vamos a terminar la noche juntos. ¿Por qué no me propones ir a la cama?

Él la miró sin gesticular y volvió a echar su mirada al vaso.

—Porque no me gustas —dijo.

—Tú a mí tampoco, pero con apagar la luz asunto concluido.

Ahora Luciano la miró frunciendo el ceño, sin entender.

—Entonces... ¿Para qué...?

—Por cambiar de sitio —se limitó a contestar, en un susurro.

—Si es así... —Luciano se encogió de hombros.

Volvieron a guardar silencio. Juanma seguía cuchicheando con su amigo y la pareja del fondo se besaba apasionadamente, él ayudándose de su mano para vencer el escote, ella esforzándose para demediar la bragueta. Al entrar, el local parecía una caverna, escasa de luces rojas y disimuladas; ahora, que la retina se había habituado a su intensidad, él podía observarlo todo con detalle. Echó un vistazo por el local y volvió a su copa.

—¿Hay algún reservado?

—Yo vivo dos calles más arriba.

—Vamos.

Luciano entró en la casa figoneándolo todo para disimular los silencios, y ella le suplicó que no hiciese demasiado ruido porque una niña estaba durmiendo y tenía que madrugar para ir al colegio. Luego, sin más preámbulos, le pidió las cinco mil pesetas del servicio.

—No sabes lo que traga esta niña —pareció disculparse—. Más que tragar, devora. Y no sabes cómo está la vida. Sin ir más lejos, hoy en la tienda...

Sobre la cabeza de Luciano se condensaron los nubarrones de la monotonía. Escuchó idéntico discurso al que oía cada noche en su casa de labios de su mujer, con la misma voz y ante la misma imagen, y allí, en casa distinta, en otra casa igual, se sentó frente al televisor a ver las últimas noticias y, al borde de la angustia, se sumió en un sofoco insufrible al pensar que después tendría que ir a la cama, y que tampoco podría leer sino fingir que hacía el amor con una mujer que le gustaba tan poco como la suya, y además pagando por algo que no quería hacer, ni tan siquiera era necesario, y todo después de escuchar una perorata que...

No recuerda cómo ocurrió, pero sólo empezó a percibir con nitidez el frescor de la noche mientras corría calle abajo, dos manzanas más allá del portal de aquella mujer. Cuando recobró la conciencia de quién era y en dónde estaba, no le quedaron fuerzas para seguir con la fuga. Se sentó en el coche, arrancó el motor y condujo despacio, con la ventanilla abierta, sintiendo el frío golpear su rostro, camino de casa. A lo lejos, una sirena ululó en la noche. En la radio, un locutor sin rostro anunciaba otro tema musical. Luciano no lo escuchó porque por su cerebro se mezclaban los cables de la paciencia, la rutina y la resignación con una sonrisa apenas dibujada en sus labios mientras fantaseaba con encontrar a su mujer muerta al llegar a casa.

Nadie reparó en la breve noticia aparecida en la prensa al día siguiente y que daba cuenta de que una prostituta había sido asesinada en un piso alquilado del centro de la ciudad. ...

JOSÉ MANUEL FERNÁNDEZ ARGÜELLES

Nacido en Asturias, 1957. Despertó un día de invierno en la cuenca minera del Nalón, en El Entrego. Después se dedicó a leer más novelas que libros de texto, aún así terminó siendo maestro de escuela; en cambio derivó su vida profesional al empleo en una empresa privada del sector eléctrico. En la actualidad reside en Nava, cerca del mayor descanso, al lado de un cementerio. Ha publicado las novelas, *Los resucitados*, *La ira del hombre tibio*, *Entre animales* y *Humo de héroe*. Ha participado en diversas antologías de relatos como *POEficcionario* y *Microantología del Microrrelato*:

Tiene una amplia selección de sus relatos en:
www.cuentoscortosarguelles.com

EN ALGÚN LUGAR DEL MUNDO

Volví a Selago veinte años después. Había dejado el pueblo con cinco mil habitantes hoscos y lo reencontraba con el doble de seres, aún más huraños. Todo cambia; a veces a peor. Pateé las calles sin cariño, aunque una punzada de nostalgia incomprensible arañaba dentro del pecho, la percibí en la respiración desacompasada que hube de controlar. Rocé algunas casas viejas conservadas en la memoria, también ciertos edificios ahora remozados, aunque igual de anodinos. Encontré el desflorado parque, con más adornos, estatuas, placas en piedra y cuatro columnas de escaso sentido junto a los mismos árboles. Vi mi casa paterna, cuyos dueños actuales habían pintado de otro color, azul, el de antes no recuerdo si lucía crema o cierta variedad pálida del amarillo. Algunas edificaciones nuevas formaban calles antes inexistentes. Crucé muchos bajos comerciales más o menos recientes, tiendas y cafeterías por mí desconocidas. La iglesia restaurada, blanqueada desde no hacía más de dos o tres años, supuse, y ya con pintadas obscenas a la altura donde llegan las manos del insulto. Igualmente di con dos plazoletas nuevas, donde cuatro arbustos y media docena de bancos metálicos compartían un reducido espacio junto a papeles, bolsas de plástico y variadas porquerías esparcidas por el viento y los zapatos de los viandantes.

Dieciocho años no son ni muchos ni pocos cuando uno ha de irse. En mi caso fueron los suficientes para buscar otros basureros. Me embadurné en ellos lejos de Selago, y el inevitable recuerdo, nunca deseado, comparaba la podredumbre de lo recién hallado con el pueblo de mi origen. Siempre ganaba Selago. En el presente del regreso se hacía patente mi razón y el empeño del pueblo en su deterioro, a pesar de novedades arquitectónicas de dudoso gusto.

Continué un paseo nostálgico, grato a mi pesar. El reconocimiento abre la llaga en alguna zona del cerebro; esa cicatriz nos hace fieles incluso

al infierno, nos marca, produce una identificación, la señal de lo que somos.

La mañana tornaba a oscura. Las nubes de la infancia me cubrieron con el recuerdo de lo imprevisible. *Nada puede ser bello aquí*, pensé. Quizá lloviera. La sola amenaza húmeda era suficiente para el desaliento. Sempiternos paraguas previsores que nunca usé. Nunca previne cosa alguna, tampoco la desgracia. Por eso huí. A los dieciocho años. Siempre me jodió la incertidumbre.

Atravesé una calle desconocida. Después tropecé con un monolito donde se recordaba a cierto político trasnochado. Por fin di con la casa de mi primera novia. Estaba en ruinas. Una valla impedía el paso y un cartel anunciaba la cimentación de un nuevo edificio. Ella, Ana, creo recordar su nombre, también padecería tamaño deterioro. Preferí el olvido. Soy muy duro. La debilidad del sentimiento te hace frágil.

Continué el trayecto melancólico sin poder remediarlo: ni el paseo ni la evocación. La cabeza, los sesos, el chisporroteo eléctrico y químico de las neuronas, los recuerdos incrustados en los pliegues de la masa blancuzca o grisácea que nos diferencia de los felices animales me impelía a cierta tristeza extrañamente grata.

Topé el Café de Angelina. Era de mi tiempo. De cuando a mis diecisiete años todavía les faltaba uno para la huida, la fuga de lo cotidiano, la evasión tras un error.

El local se encontraba igual que entonces. La suciedad, la misma. ¿No se había acumulado más desde entonces? ¿Lo limpiaron alguna vez en mi ausencia? ¿O estaba fosilizado? Me decanté por la última opción. Dentro no se encontraba Angelina tras la barra, como bien había supuesto; ahora tendría cerca de los ochenta años, si aún vivía. El sitio lo atendía una joven (¿pariente de la vieja?, ¿arrendadora?, ¿empleada?, poco importaba).

Me acodé en el mostrador, pedí aguardiente. La camarera miró sin acercarse. Su gesto me desagradó, pero no supe interpretarlo. Ella, entonces, aún sin atenderme, desvió la mirada hacia otros dos clientes, como yo apoyados en la barra (nadie más había). Ambos clavaron los ojos en mi rostro, a continuación los extraviaron a cualquier sitio; la mueca fue de disgusto o repulsión, no logré discernirlo con exactitud.

Finalmente la chica atendió el pedido. Colocó el pequeño vaso ante mí con el brazo muy estirado, como si evitase en la medida de su extensión un mayor acercamiento.

Yo no entendía la situación. Por descartar lo improbable pensé que la joven contaría cuatro o cinco años cuando me fui de Selago: imposible el reconocimiento. Los otros dos malencarados aparentaban una edad superior a la mía, pero he cambiado mucho desde los dieciocho años; por aquel tiempo aún el rostro de adulto no se había formado, además lo mal cubría con una barba a medio hacer junto con una docena de pelillos en el bigote. Ahora voy rasurado. ¡Y habían pasado veinte años! Descarté las malas querencias del recuerdo. Entonces, ¿qué? Los de Selago, y me incluyo, no somos de trato agradable, bien lo sé, y menos con un foráneo o que parece serlo, como era el caso.

Los compañeros de barra permanecían mudos, sólo ocasionalmente lanzaban una mirada oblicua y rápida hacia mí. La joven se mantenía en el extremo más alejado a donde me encontraba, cerca de los otros dos clientes; parecía no sólo tenerme miedo, sino buscar protección. Entonces recordé algo a lo que no había dado importancia: durante el transcurrir de mis pasos por las aceras de Selago, algunos de quienes se cruzaron conmigo mostraban gestos faciales similares a estos padecidos dentro del bar. Antes los había achacado al insalubre carácter de los lugareños. Ahora no estaba tan seguro. Algo más ocurría.

Medié de un trago el vasito aguardentoso. En ese instante llegó la voz lejana de la muchacha.

—Mejor apuras. Zoilo suele llegar a esta hora, y no quiero jaleos aquí dentro.

Suelo ser de reflejos rápidos, pero cuando posé el vaso sobre la madera raída el cerebro aún no lograba asimilar ni la frase ni la situación creada. Permanecí en silencio a la espera del quebranto de la sinrazón.

Percibí la entrada de alguien a mis espaldas por las miradas de los otros. Mantuve una quietud tensa. Una mano sobre el mostrador, la otra en el bolsillo del pantalón.

El recién llegado se apostó a dos metros de mí. Lo observé de reojo. Tendría la misma edad que yo. Su expresión dibujaba la amargura; el rictus

de su boca aparentaba el asco perpetuo. Los otros tres permanecían silenciosos, con los pies clavados en los baldosines del suelo.

El nuevo cliente posó una mirada de cierto asombro sobre los dos hombres a quienes, sin duda, conocería, después sitió los ojos de la duda en la camarera. No deparó en mí. Pidió un café con voz insegura. Percibía la tensión acumulada en el garito sin comprenderla. Ya éramos dos. Nadie se movió. Él giró la cabeza hacia el compañero de barra más cercano. Me vio. Clavó en mí el asombro, después la ira. Dio un paso atrás y guardó quietud, los brazos colgando como mástiles caídos. Noté los músculos de su cuello tensos, las venas de las sienes marcadas bajo una piel enrojecida. Adiviné la intención del pronto ataque. Me preparé. Elevé la mano sobre la barra un centímetro. La otra, buscó dentro del bolsillo. Entonces, las palabras de la mesera detuvieron lo que parecía inevitable.

—Aquí no quiero líos, Zoilo. Aquí, no.

El llamado Zoilo se relajó un punto. Pero mantenía la intensidad violenta de su postura. Conservé la mía expectante, atenta.

Uno de la pareja de espectadores me dio solución al esperpento iniciado.

—Es que este puede no ser él.

La camarera observó mi rostro con especial rigor.

—Puede que no —dijo, por fin.

El tal Zoilo mostró su confusión con un resoplido; a continuación, una pregunta:

—¿Quién coño eres tú?

—Uno de paso por aquí —fue la respuesta.

—¡Pues te le pareces, coño! —exclamó mi posible agresor; voz derrotada, cansina, sin peligro.

Relajé el brazo sobre la barra. Retiré la mano del bolsillo. Tragué el resto de aguardiente con gesto pausado bajo la atención de los otros. Zoilo se acercó. No observé actitud agresiva en él, sino gran desconcierto unido a mucha tristeza.

—Lo siento, tío, estuve a punto de matarte —dijo, y la entonación de sus palabras me convenció tanto de su anterior intención como ahora de su arrepentimiento—. Pero es que...

—...Eres *clavado* —remachó uno de los otros—. Aunque fijándose bien...

—¿De qué estamos hablando? —inquirí.

—Que te lo cuenten estos —dijo Zoilo, después salió del local habiendo olvidado el café pedido y que nunca le sirvieron. Sus pasos perezosos anunciaban una capitulación distinta a la del momento.

Pedí explicaciones a la concurrencia con un gesto enérgico de los brazos. Y para mi sorpresa aclararon la rara situación. Todo se reducía al sorprendente parecido de mi careto con un delincuente habitual del pueblo, un tal Choni, quien apareció cierto día por el lugar y desde entonces atormentaba a los selaguenses, salvo en sus esporádicas estancias carcelarias. El individuo era de mal carácter y costumbres muy violentas, al parecer. Con respecto a Zoilo, la camarera me informó de que el Choni había violado a su hija, aunque está no pudo confirmarlo ante el juez, quizá porque no lo recordaba, como afirmó, o por miedo.

—Dicen —continuó la muchacha tras la barra— que en algún lugar del mundo todos tenemos un doble; a usted le tocó aquí, en Selago. Cuídese.

—Mejor, váyase —apuntilló uno de los otros clientes.

Hice algunas preguntas más sobre el par de mi mala fama. Después intenté abonar el coste del aguardiente pero la joven no quiso cobrarme.

—Si juran que iba a invitar al Choni... —la humorada no le hizo gracia ni a ella.

Salí a la calle. Noté los ojos de los tres de adentro clavados en mi nuca ¿También ahí verían un parecido? Esta vez fui yo quien no encontró graciosa la ocurrencia.

El nuevo paseo por Selago resultó muy distinto al anterior. Escrutaba a cada individuo con quien me cruzaba para adivinar su odio o el temor en la tensión de un mal gesto o en la boca prieta, los ojos huidizos.

Hasta donde mi coche reposaba aparcado, distaban menos de cien metros. Nada me ocupaba en el pueblo de la infancia. Ni padres, ya difuntos, ni familia cercana. El viaje fue un capricho en una mañana aburrida, no un retorno. Mejor alejarse. Huir de nuevo, esta vez sin motivo cierto. Pero soportar dos fugas de Selago, la segunda por cobardía disimulada de prevención, no entraba en mi carácter. Con la primera, el vaso se había colma-

do. Descubrí de pronto, en medio de una calle sucia, a pocos metros del coche aparcado, que de alguna forma singular e inexplicable amaba aquel pueblo. Me lo habían arrebatado una vez, dos me convertiría, definitivamente, en paria de ningún sitio.

La hora del almuerzo; lo anunciaba el reloj y lo indicaba el estómago. Pensé en *El Leonado*, el restaurante más renombrado del lugar en los años mozos. ¿Existiría aún? Resultaba caro a mi familia en aquellos años nunca olvidados; sólo asistí tres o cuatro veces: bautizos o comuniones, y una boda, la de un primo ya apenas recordado.

Giré, di la espalda al coche de la fuga; encaminé el hambre y cierta furia hacia el restaurante *El Leonado*, si aún estaba donde la última vez.

La fachada de otro color, en el recuerdo se pintaba de granate; un cartel anunciador más grande y lustroso, el otro lo juraría de madera barnizada en verde con letras rojas; su puerta acristalada con el nombre grabado en cada una de sus hojas, antes de aluminio, siempre abiertas de par en par. Había cambiado algo, sí, pero allí se encontraba todavía. Y ahora podía permitirme comer su menú a diario si quisiera. Los tiempos habían mudado para todos. Al menos, un poco.

Tomé asiento en una silla de la mesa más esquinada. Pude escoger a capricho; apenas cuatro comensales hundían sus caras en los platos. Nadie me observó con detenimiento. Me fijé bien. En cambio el camarero, a cierta distancia, sí tenía la atención prendida en mi rostro. El suyo no auguraba cariño, precisamente. Mantuvo la quietud hasta vencer la duda y el miedo. Emprendió el trayecto hasta la mesa donde yo recogía la soledad y se detuvo a dos metros de distancia, mucha para atender a un cliente. Pedí la carta, él avanzó un paso más, estiró el brazo y la tendió junto a un temblor que me repugnó. Comencé a sentir gran curiosidad por el Choni. Los otros comensales habían asistido con aplicación a toda la escena. Pronto empezaron a tragar más deprisa, como si un hambre repentina les urgiera a devorar con premura antes de perder su manduca. En poco tiempo me descubrí sólo en el comedor. Degusté tres platos con medida lentitud. Pedí la cuenta mientras entretenía la paciencia saboreando una copa de coñac. En la entrada al salón había leído el cartel de «*prohibido fumar*». Exigí un cigarro. El sir-

viente de las mesas trazó de nuevo el rictus doloroso de la duda, pero no tardó en plantarse ante mí con una caja de habanos. Escogí uno con calma. Lo encendí con parsimonia. El otro se retiró en silencio. Me estaba divirtiendo.

Volví a la calle con el puro entre los dientes, tras dejar al sorprendido empleado una generosa propina. Reconozco el roce de la tentación: irme sin pagar. Pero esa parte de la burla quebraba mi estilo.

Mientras inundaba de humo las calles de Selago pensé con extrañeza en la ausencia de policía alrededor. ¿Tanto miedo tenían al Choni que ni la protección policial buscaban aquellas gentes antaño convecinas mías? Sonreí con gusto y rabia.

Entre la información conseguida de la camarera en el primer bar, estaba la de que el temido malhechor solía visitar a media tarde un garito de cierto barrio marginal. El Zoto era el barrio y el nombre de la tasca. El barrio lo conocía yo bien, en cambio el barucho sería posterior a mi estancia en Selago, pues no lo recordaba, pero lo supuse similar a otros frecuentados por esa zona a mis dieciocho años. Lo cierto es que aquel andurrial de barriadas pobres y vicio al doblar cada esquina, había sido mi lugar habitual a partir de la media tarde. Como en el presente para el Choni. Ahora el reloj marcaba casi las cinco. Buena hora para volver al Zoto.

El Sol asomó entre dos nubarrones, pero el contiguo monte del oeste amenazaba penumbra. Dentro de un valle estrecho, la oscuridad surge pronta en los meses de invierno. Aún así, todavía la luz procuraba cierta ilusión de seguridad.

Arrojé el cigarro delante de mí. En el siguiente tranco lo pisé. Un poco más de basura en la acera no desentonaría con el decorado.

¿Curiosidad? ¿Sólo eso me llevaba hasta el Zoto y al Choni? Si tras veinte años de ausencia pisaba Selago, la visita al barrio de la perdición resultaba obligada. Y si el lugar del mundo para mi doble era aquel, no hallaba disculpa que me apartase del encuentro.

Acaricé uno de los bolsillos del pantalón. Un arañazo de recuerdo dañino contrarrestó la sensación de confianza.

Pronto enfrenté una puerta pequeña sobre la cual el anuncio de neón mostraba la publicidad de cierta bebida asquerosa y el nombre de *«bar El*

Zoto». Entré. El único y estrecho ventanal con cristales sucios, medio cubiertos de pegatinas que no leí, procuraba tan poca luz como las bombillas del techo. De todas formas, ambas luminiscencias alcanzaban la claridad suficiente para superar el desconcierto de la ceguera. Alcancé la barra. El aparente dueño del minúsculo antro y un grupo de clientes me daban la espalda. Todos fijaban la atención en un televisor colgado de la pared de enfrente. Un espectáculo deportivo retenía sus miradas. Esperé un minuto, después golpeé con los nudillos sobre el mostrador. El de tras la barra se volvió hacia mí con desdén. Solo musitó un «*ahora voy*», a continuación retornó el interés a la pantalla enganchada en el muro. A los pocos segundos pareció pensárselo mejor. Primero se rascó la cabeza, que ya no se alzaba hacia el televisor. Después se giró lento hacia donde yo me encontraba.

—¡Coño! —exclamó suavemente.

Aguanté su contemplación. Me observó con inusitada intensidad. La apretura del lugar nos recogía como dentro de un ataúd, incluso pensé en la intimidad de una cama, todos acogidos bajo la misma manta. El otro, sin duda, no participaba de mis apreciaciones. Yo, en cambio, no evité una sonrisa débil.

—Oye, Choni, mira *esto* —dijo él.

El grupo espectador de la tele lo formaban cuatro espaldas. Uno de ellos hizo con la mano un gesto imperativo, como ordenando silencio o pausa.

El paso del tiempo no lo marcan los relojes. Según las circunstancias, se dilata o encoge; nuestros movimientos incluso lo acompañan al ralentizarse o acelerar. Es nuestra subjetiva percepción. Pero el entendimiento, aunque fatuo, es lo único que disponemos para enfrentarnos a lo irreal. Así el tiempo dentro del local cobró la dimensión de lo eterno, pues derivó casi a lo inmóvil de tan lento que transcurría. Sólo la voz televisiva marcaba un contrapunto histérico al apaciguamiento de la quietud.

El camarero mantenía su expresión desconcertada en mi entrecejo. Lentamente logró reaccionar. Habló de nuevo, esta vez alzando más la palabra.

—¡Choni, mierda, que mires!

Los cuatro embebidos en el televisor se fueron girando, primero hacia quien había hablado, después de cara a mí. Todo ello muy despacio. La prisa